EL CENTENARIO DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA EN EL DIA DEL IDIOMA

(Sesión Pública del 23 de Abril de 1987)

PALABRAS DEL DIRECTOR DE LA ACADEMIA, DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS

Me cabe el honrosísimo rol de ser Director de la Academia Peruana de la Lengua al cumplirse el Centenario de esta fundamental institución dentro de nuestra cultura. Privilegio -dije alguna vez- que se acrecienta al repasar los nombres de mis antecesores: Francisco García Calderón, Ricardo Palma, Javier Prado, José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaúnde, Aurelio Miró Quesada, José Jiménez Borja.

La Academia Peruana de la Lengua se estuvo gestando en décadas. Primero, surgieron "las correspondientes" de la Real Academia de Madrid. Luego, se formó una Academia Nacional de la República del Perú, en 1867, que presidió inicialmente José María Quimper y, después, Francisco García Calderón. Esta institución tuvo poco tiempo de vida, hasta diciembre de ese año. Por último, el 5 de mayo de 1887, y gracias a los desvelos de Ricardo Palma, se reunieron los "académicos correspondientes" de la Real Academia de la Lengua Española, bajo la presidencia de José Antonio de Lavalle. Y el 30 de agosto de 1887 se instaló solemnemente en el Salón General de la Universidad de San Marcos, con la presencia del Presidente de la República, el entonces General Andrés Avelino Cáceres. Planos de distribución de asientos, programas, tarjetas, certifican la categoría de esa fundación. Presidía la Academia, Don Francisco García Calderón, quien pronunció el discurso central, precisando los términos

dentro de los que trabajaría la institución, puesta, desde entonces, al servicio de la cultura peruana.

Ya en las bases constitutivas de la Academia Peruana de la Lengua se establece que "no tiene la obligación de conservar la pureza del idioma en todo el mundo español, pero se dedicará a seguir el movimiento intelectual del pueblo peruano estudiando sus usos y costumbres, comunicándolos a la vez a las Academias Hispanoamericanas y la de España para de esa manera uniformar el idioma en general". Tampoco es sólo aquello que dijo Borges: que "el concepto de la Academia corresponde a una organización de la literatura, a una organización de los procedimientos, de los géneros literarios y, así mismo, de la vida literaria". Ya que la Academia de la Lengua tiende, en general, a recolectar el movimiento lingüístico, sin regimentar el cambiante uso del idioma, pero sí evaluar su estado en nuestro país; comprobar la validez de los peruanismos y neologismos en uso y trabajar por una gramática castellana que esté en contacto con las fuerzas vivas de la lengua, al mismo tiempo que recomendar y orientar esos cambios dentro de la comunicación social y los medios de la docencia. Es verdad que, al lado de ello, corre paralela la actividad literaria y muchos de los académicos son escritores y poetas que hacen de la palabra un instrumento de expresión, que podemos llamar artística, pero que sirve a la vez para la acentuación de los caracteres del lenguaje propio del Perú, sin detrimento de su universalización dentro de la amplia cultura que abarca el idioma español. El escritor representa vivamente el movimiento idiomático de un pueblo, aunque, al parecer, se aparte muchas veces de la ortodoxia de la lengua. La Academia debe trabajar, por un lado, con las corrientes populares que se manifiestan desde el coloquio de la gente común hasta la exposición más culta; pero, por otro lado y substancialmente, en material escrito; y se van depurando las palabras en ambos contactos y se interfluyen los caminos de la lengua en el tiempo y en la orientación de los mismos.

Bueno es decir que la Academia Peruana de la Lengua ha tenido siempre un amplio sentido renovador y dinámico. Que esa

posición nació de su animador y más tarde reorganizador: Ricardo Palma, "caliente recreador del giro popular, entroncando en las viejas raíces del castellano las voces peruanas que pugnaban por encontrar su cauce y su validez universal", señaló en una de las tantas intervenciones sobre nuestro tradicionista. Como se sabe, él inició la ruta de la incorporación de nuestros peruanismos en el Diccionario de la Academia de la Lengua Española, al par que indicaba que, al unísono, se trataba de conservar la pureza del idioma dentro del uso y, al mismo tiempo, la unidad entre los pueblos de habla castellana. Por ello han pertenecido a la Academia los Juan de Arona y los Cisneros, pero también los Eguren, los López Albújar, los Martín Adán y los Ciro Alegría.

Al cumplirse un Centenario de la vida de la Academia Peruana de la Lengua, habría que insistir en la ordenación por sillones de los que han pertenecido a la institución a lo largo de su historia, estableciéndose, así, una continuidad que permita llegar a los treinta actuales académicos de número.

También, en esta oportunidad tan singular, debe el país, las instituciones públicas y privadas y particularmente su Gobierno, prestar especial atención y apoyo a la obra que se lleva a cabo en la Academia Peruana de la Lengua, dentro de los problemas de todo orden que hay que resolver, para asegurar el cumplimiento de esa labor que es, nada menos, que buscar en el lenguaje y en la expresión literaria el alma nacional del Perú.